

www.elboomeran.com

Martín Caparrós

Los Living



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Martín Caparrós

Primera edición: noviembre 2011

© Martín Caparrós, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7232-3
Depósito Legal: B. 35963-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El día 7 de noviembre de 2011, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Díaz-Mas, Marcos Giralt Torrente, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, dio a conocer la obra ganadora del XXIX Premio Herralde de Novela, que resultó ser *Los Living*, de Martín Caparrós.

*A Margarita,
de todos modos*

Lo atormentaba sobre todo que ellos no quisieran reconocer lo que todos sabían, lo que él mismo sabía, sino que prefiriesen mentirle sobre su situación, y hacerlo cómplice de esa mentira.

La muerte de Iván Illich,
LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI

Nito dice, entonces:

—¿En serio?

En lugar de decir, como querría:

—¿Pero cómo carajo te creés que vamos a hacer para convencer a todos esos muertos?

Porque, pese a todo, sabe que muchas veces las cosas que querría decir no son del todo razonables. Sabe, en este caso, sin ir más lejos, que si le dijera convencer a todos esos muertos, Carpanta lo llamaría delirante, infradotado o quizá rastacue-ro porque los muertos —él lo sabe, cualquiera lo sabe— son los sujetos más increíblemente testarudos: que nadie es más difícil de convencer que un muerto.

I. EL ORIGEN

1

Cuando nació llovía, y a nadie le importó. Aquel día, en verdad, a nadie le importaba nada, o eso decían: era un día en que convenía mostrar a quien quisiera verlo que a uno no le importaba nada más que la gran muerte del año, de la década, del siglo: esa mañana, mientras yo nacía, se murió Juan Perón, y todos querían mostrar a quién sabe quién que nada más podía importarles. Hay días en que los habitantes de un país se refocilan en su pena porque su pena los une, los amucha, los agolpa, les da la sensación de que, por un momento, pueden dejar de lado rencores y rencillas y reconocerse en un sentimiento compartido que los hace sentir un poco menos solos –y bastante más probos. Así que los habitantes aprovechan cada oportunidad –que no son tantas, la tragedia tiene que estar a la altura y, por definición, una gran tragedia es algo que sucede cada tanto– y sufren todos juntos. Aunque, en general, sus razones varían. Cuando yo nació y murió Perón, muchos sufrieron porque lo idolatraban y lo necesitaban –o, por lo menos, estaban convencidos de que lo necesitaban. Algunos, porque tenían bruto miedo de lo que pudiera pasar en el país –de lo que pudiera pasarles a ellos– sin él. La mayoría, porque estaba tan acostumbrada

a ver el país con él que el esfuerzo de pensarlo sin les resultaba cruel, innecesario: en general, a la mayoría, cualquier esfuerzo de pensar le parece una ferocidad. Y otros muchos porque lo odiaban tanto que si hacían el esfuerzo de apeñarse levemente por su muerte se sentían más buenos que Lassie.

En todo caso era un día extraordinario: uno de esos momentos tan escasos en que todos los habitantes de un lugar –salvo nosotros, los nacientes, y algún otro réprobo– piensan en lo mismo. ¿No es bella la idea de un país entero pensando en lo mismo? ¿No es una de las mayores cimas que nuestra civilización puede alcanzar? ¿No es exaltante y triste y exaltante al mismo tiempo haber sido parte y no haber sido parte de semejante fenómeno, quiero decir: haber sido uno de los muy raros que estaban en el agua y no fueron tsunami? ¿No sería, para alguien que creyera en tales cosas, algo así como una marca del destino?

Ese día, esa unanimidad, fueron, en todo caso, uno de esos efectos espléndidos que sólo ciertas muertes logran: no se me ocurre ninguna otra circunstancia –salvo, quizá, la ruina, que a un país como el mío le sucede cada diez o doce años y a tantos otros nunca, o algún partido de fútbol– en que los nacionales se sienten tan comunes. No se crean que me estoy quejando, que sangro por la herida: ni se me ocurriría imaginar que un nacimiento pudiera tener efectos parecidos. Además, una muerte pública es algo que le sucede al que se muere, una persona que hizo algo con su vida –uno que, por decirlo de un modo antipático, no la despilfarró–; un nacimiento público, en cambio, no le sucede a la persona que nace sino a sus padres cuando son lo suficientemente conocidos como para producir ese efecto y, probablemente, también, el de joder para siempre la vida del pobrecito apenas nato. No era mi caso pero, aun así, la

muerte de Juan Perón me llenó de un odio perfectamente comprensible; como verán, haber nacido en ese día lluvioso tuvo muchas consecuencias en mi vida.

Mamá, parca, distante, suele decirme que me quejo de gusto: que aunque ese día no hubiera muerto Juan Perón mi nacimiento tampoco le habría importado a nadie salvo a las ocho o diez personas que se sintieron inmediata, personalmente implicadas en el hecho. Nos quieren convencer de que formamos parte de grandes conjuntos –una comunidad, una ciudad, un gremio, un país, la humanidad– y después resulta que cuando uno hace algo tan decisivo como nacer le importa a siete u ocho. Entre ellos cuento, por supuesto, a mi abuela Juana y a mi abuelo Bernardo, a mi abuela Estercita, a mis dos tíos maternos, a mi tía paterna –que no tenían siquiera la opción de preguntarse si el asunto les importaba o no– y al mejor amigo de mi padre, Celestino –al que nunca nadie llamó Celestino sino, siempre, Bobby. Ellos fueron los que se acercaron ese mediodía al sanatorio del Sindicato de Chapistas, Pintores de Vehículos y Afines para certificar que la familia Remondo se había acrecentado con un miembro nuevo. Mamá no me dice –pero estoy seguro de que piensa– que en realidad la muerte de Perón tuvo un efecto benéfico: que sólo vinieron ese día los estrictamente indispensables, los realmente interesados; que sirvió, también ahí, para separar a los buenos de los malos. Mamá se ha pasado la vida –lo que ha pasado de su vida– haciendo esfuerzos ímprobos por separar a los buenos de los malos: hay pocas cosas que tranquilicen tanto a los espíritus simples pero inquietos. Aquel día, en cualquier caso, sólo vinieron los que no podían no venir. El resto, los que podrían haberse acercado por alguna forma módica del interés o el compromiso, consiguieron la mejor excusa del mundo para faltar a una cita en la que no los

esperaban: no, ustedes saben, con todo esto del General –durante décadas, todos en mi país sabían exactamente qué decían cuando decían «el General»; poco después la idea de general en el poder se difundió tanto que acabó con la elegante simpleza del concepto–, cruzar la ciudad era imposible. Yo no había cumplido un día y ya mi vida estaba atravesada por imposibles –o, peor, por imposibles falsos. Pero, inversamente, esa dificultad llamada imposibilidad sirvió para realzar la presencia de Ceferino Bobby:

–Qué tipo pierna, Bobby.

Le susurró a mamá mi padre cuando el susodicho se retiró de nuestro lado so pretexto de una urgencia urinaria, mientras yo, excrecencia reciente, dormitaba contra el cuerpo que tan poco antes me había contenido. Yo no entendía –faltaba tanto para que entendiera– qué estaba haciendo de este lado de su piel y su grasa; por suerte tampoco me lo preguntaba.

–Sí, mirá que venirse a gamba desde Lanús Este.

Porque Bobby sí que se había quedado en Lanús Este; no como mi padre, pobre alma del señor, víctima de ambiciones que nunca fueron suyas.

2

Mi padre era un hombre decente. O, por lo menos, eso que llamaríamos un hombre decente: alguien que, en las pequeñas circunstancias de la vida, prefiere no complicarse con las molestias de la indecencia. Uno que, por ejemplo, si al salir de la panadería descubre que se lleva, además de las facturas, pebetes y miñones, cuarto kilo de cuernitos sin

pagar, vuelve al local, compone una sonrisa tímida, turbada —que le sale perfecta— e intenta un chiste malo para decirle a la dueña que ha vuelto porque es un hombre decente:

—¡Vengo a denunciar un robo!

Le dirá, por ejemplo, y que él es el delincuente que acaba de llevarse el cuarto de cuernitos sin previo abono de su precio estipulado. O sea: mi padre era un hombre cómodo, que nunca quiso tomarse el trabajo de ver qué había un poco más allá de la decencia, de la conveniencia, de los buenos modales y las reglas morales. La decencia, en general, es cuestión de falta de imaginación o de pereza, y mi padre tenía, por lo que sé, bastante de las dos. Aunque, por supuesto, no sé qué habría pasado si alguna vez la tentación de la indecencia lo hubiera asaltado en serio, armada de una buena recompensa. Es fácil ser decente cuando te cuesta cuarto de cuernitos; de allí en más se hace más y más difícil, hasta que llega al punto en que cada cual encuentra su temperatura de fundido. Si no hay metal que resista el calor pertinente, ¿por qué habría hombres o mujeres? Es —si existen tales cosas— una de esas verdades innegables; sabiéndolo, ¿no es preferible ahorrarse el fuego de decenas, cientos de grados celsius, y fundirse sin tanto despilfarro?

Quizá mi padre no tuvo la ocasión o la astucia suficientes. Seguimos suponiendo, en todo caso, que era un hombre decente: un argumento más para desmentir todas esas parruchadas que lanzan los periodistas y otros farsantes paracientíficos sobre los genes y su influencia hereditaria. A menos que sea todo mentira, y que mi padre —decir mi padre es uno de los homenajes más extremos que una persona puede hacer a su cultura: el reconocimiento de que vive con una serie de presupuestos que no tienen que ver con su experiencia sino con la aceptación de lo que los demás dicen sobre él y sobre el mundo— no fuera mi padre o que mi fa-

milia –no me extrañaría– se haya confabulado durante todos estos años para inyectarme una imagen perfectamente falsa de ese hombre. Les habría resultado fácil, porque yo no llegué a conocerlo.

O sí lo conocí, pero muy poco, y en circunstancias que no permitirían afirmar si era o no un hombre decente. Mi padre, Oscar Remondo, hijo de Orestes y Estercita Guarini, había nacido en Lanús Este en junio de 1940, mientras los alemanes, completamente ajenos a ese hecho para mí tan crucial, apagaban sus tanques en París. Compartir nuestros natalicios con eventos significativos nos dio un rasgo común, pero supongo que si nuestras vidas hubieran seguido su curso natural y alguna vez se hubiese desencadenado la competencia habitual entre un hijo y su padre, él podría haber argumentado que la ocupación de Francia por los nazis fue un hecho sin duda más señero que la muerte de un general latinoamericano; yo podría haberle contestado que mi hecho fue más decisivo en la medida en que sus nazis no duraron en París ni cinco años y mi general, en cambio, se dice, sigue muerto. Pero esas discusiones, por desgracia, nunca se produjeron. Lo cierto es que, para la fecha lluviosa de mi aparición, mi padre Oscar ya había cumplido treinta y cuatro, una edad pasablemente avanzada para que un hombre de su época se decidiera a prolongarse con un hijo.

Se supone que, durante mucho tiempo, mi padre no había sentido ese llamado. O quizá sí, pero su sentido del deber le había dictado que, para responderlo, primero debía llenar una serie de casilleros que sus convicciones le hacían considerar ineludibles. Cuando terminó su servicio militar –en el sur del país, en una guarnición nevada que solía recordar, con un placer extraño, como su experiencia más

terrible—, mi padre tuvo que decidir qué haría con su vida. Algo le había sucedido en esos días de nieve: una tarde —llamarlo tarde es un abuso; en términos de reloj era la tarde, pero ya hacía un rato largo que toda luz había desaparecido de la escena—, mi padre estaba haciendo su guardia en uno de los puestos avanzados. Era una especie de cobertizo muy precario —como si fuera un nido dado vuelta, incapaz de retener pichones— hecho de ramas entrelazadas y cubiertas de nieve, el suelo de tierra congelada, un agujero en el frente para que el soldado de turno oteara el horizonte tan vacío con la esperanza de que siguiera así. Mi padre dormitaba, en ese estado de duermevela casi atento que resultaba la principal enseñanza del ejército a sus jóvenes miembros —un modo de estar en el mundo sin estar en el mundo, una lección de ambigüedad acomodada—, cuando vio aparecer, en el extremo izquierdo de su campo visual, un par de sombras. Las sombras se desplazaban lentas; mi padre enfocó —cerró los ojos, sacudió la cabeza, volvió a abrirlos— y vio que eran dos figuras más o menos humanas, dos cuerpos cubiertos con mantas o algo así que caminaban con dificultad, hundiéndose en la nieve. Nadie tenía por qué pasar por el lugar: estaban lejos del pueblo más cercano, no había reservas mapuches en las inmediaciones, los enemigos de la patria estaban a cientos de kilómetros y ni siquiera sabían que lo eran. Mi padre los volvió a mirar; sabía que tenía que darles la voz de alto y la dio, aunque quizá no haya gritado demasiado. Las sombras siguieron caminando; mi padre volvió a darles el alto, ahora con más fuerza; las sombras no se detuvieron. Mi padre pensó por un momento en la posibilidad de que fueran solamente eso, sombras sordas, y prefirió desecharla, pero no lo consiguió del todo. Volvió a gritar; pensó que el grito le había salido destemplado, como si fuera él —no ellos— el objeto de sus amenazas. Estaba se-

guro de que lo habían oído: las sombras estaban a menos de treinta metros y deberían, incluso, poder verlo. Se alegró de no estar fumando, escupió en el suelo congelado, empuñó su máuser, lo amartilló, pensó qué le tocaba hacer ahora. Pensó que las sombras debían ser inofensivas –dos mujeres perdidas en medio de la noche, dos soldados borrachos volviendo de un permiso o escapada–, y después pensó que su trabajo no era pensar sino actuar, seguir órdenes y que, tras tres intimaciones desoídas, era el momento de tirar. Amartilló el máuser, se dio cuenta de que ya estaba amartillado, pensó que si tiraba y eran enemigos podían contestarle el fuego en superioridad y destruirlo, y que si no eran enemigos y tiraba podía matar a un inocente. Las dos sombras seguían caminando, ya cerca del margen derecho de su imagen, cerrada por las ramas; mi padre se puso el máuser en la cara, cerró un ojo, apuntó, y siguió a las sombras mientras se alejaban. Cuando las vio perderse entre otras sombras se dio cuenta de que había cometido un error que muy difícilmente olvidaría.

Mi abuelo Orestes, su padre, un inmigrante gallego obrero de curtiembre que creía en las virtudes del trabajo duro y, más aún, en las del tinto mendocino, lo había obligado a fuerza de cinturón y hebilla a estudiar en una escuela técnica; mi padre la había completado y la Argentina de 1960 no era un lugar donde un operario bien formado tuviera dificultades para encontrar empleo. Por eso su elección fue sorprendente. Mi padre decía que había preferido la chapa y pintura –aunque su habilidad con el mazo y el soquete le había valido ofertas para trabajar como medio oficial en un astillero, tornero en una fábrica de motos e, incluso, para entrar en la Escuela Normal de Bellas Artes Aplicadas– porque la chapa y pintura era una cruzada contra los fariseos,

los hipócritas de toda laya y condición. La gente –bah, la gente, solía decir, es un decir: los garcas esos que usan coche– dice que anda en auto porque es más cómodo para ir a tal o a cual, porque no tienen tiempo que perder porque trabajan mucho, porque tienen que llevar mucha mercadería, por pavadas; nadie te dice la verdad: nadie te dice que va en coche porque quiere que lo miren, que los demás digan ah ése anda en coche, se ve que le va bien en la vida. El coche es una joya disfrazada de herramienta. Pero si no fuera una joya, nadie le haría chapa y pintura; ¿a quién le importa que un martillo tenga el mango manchado? ¿Quién se calienta si se le corta el cable del taladro y tiene que alargarlo con uno de otro color? Mientras martille, decía, mientras taladre, a nadie le importa; al coche, si fuera una herramienta, nadie le arreglaría los bollos, la pintura. Pero vienen, en cuanto tienen una arruguita que ni se ve aparecen, Oscar, este arreglo cuánto me va a costar, para cuándo me lo va a poder tener: vienen y tienen que hocicar, acá nadie se puede hacer el tonto, acá son lo que son, nada de mentiras, acá tienen que desnudarse y apechugar con lo que son. Acá vienen, se humillan, te tienen que decir afuera miento pero con vos no puedo. Por eso a mí me gusta hacer chapa y pintura, decía –y que por eso la había elegido–: yo soy como esa boca de piedra, decía, que decía mi abuelo que había en Roma, en una iglesia, que los giles tenían que ir y meter la mano adentro y decir alguna cosa y si era mentira los morría. Yo soy la Bocca, decía: hago chapa y pintura.

Mi padre tenía reglas: muchas reglas. Amaba a su país por encima de todo porque, decía, su país le había dado todo: que sus mayores habían llegado acá con una mano atrás y otra adelante, de Orense y de Reggio Calabria y nunca les había faltado la comida en la mesa, un par de

zapatos y un cobijo, así que estaba preparado para devolverle a la patria lo que la patria le pidiera –decía, pero no está claro que alguna vez le haya pedido. Mi padre creía que sí le iba a pedir porque al país, decía, lo estaban arruinando los garcas que andaban en coche, los que iban una y otra vez, a la menor manchita, al taller de chapa y pintura. Decía que le daba vergüenza con su viejo, que había llegado a la Argentina para trabajar y darles un futuro a sus hijos y había trabajado como un perro y les había dado uno, pero que ahora los hijos de esos tipos que llegaron solamente pensaban en pasarla bien. Todo el tiempo en la joda: que si los pibes que andan por ahí en los bailes, que si las chicas que no respetan reglas, que si estos muchachos estudiantes que se la pasan hablando de política y de revolución para no tener que ir a trabajar, decía mi padre y que lo único que nos iba a salvar era el trabajo duro. A veces, dice Bobby, hablaba tanto de eso que uno se podía preguntar si lo creía.

Mi padre detestaba el peronismo porque con los peronistas, decía, cualquiera se creía un obrero. En los buenos tiempos –no hay concepto más móvil, más opinable que los buenos tiempos– para ser obrero había que aprender, romperse el lomo, aguantar muchas cosas, y en cambio después con los peronistas cualquier morocho santiagueño se venía a la capital porque un primo le conseguía un puesto de maestranza en una fábrica y a los dos meses se creía que era obrero. Cuando alguno de los muchachos le contestaba que él qué sabía, que él no había vivido en tiempos de Perón, mi padre lo miraba con lástima y le decía que, primero, sí había vivido, hasta los quince años; que, segundo, los tiempos de Perón por desgracia seguían y, tercero, que eso se lo había dicho su viejo y que si su viejo lo decía él lo creía. Pero mi padre no se metía en política, decía, ni quería tener nada que ver con eso: la política es para los que no saben hacer

nada bueno, decía –y yo, mucho después, recordaría tantas veces esa frase. Mi padre, antes de casarse, sólo cogió con putas: primero, no hay que manchar a una mujer decente, decía, y, segundo, con las indecentes siempre hay confusiones. Mi padre era muy ordenado: le gustaba dar sus razones en orden y discutir las, después, si era necesario, en ese orden: por eso, dicen, se hacía difícil discutir con él. Así que era mejor pagar y que la cosa no se complicara, decía, y, además, esas mujeres eran trabajadoras, chicas serias, casi como obreras. Durante años, cada primer y tercer sábado del mes, después del cierre del taller, mi padre se daba un buen baño, se ponía una camisa blanca limpia, su saco marrón, una corbata, y se iba al piringundín de doña Mencha. Llegaba temprano, no bailaba, elegía entre dos o tres chicas –siempre las mismas dos o tres, no tenía el menor interés por lo desconocido– y se aliviaba en escasa media hora. Después se vestía, se peinaba con gomina –cincuenta centavos de recargo–, pagaba su cuenta y se iba al café de la estación a tomar un vermú y jugar al billar con los muchachos –que hablaban horas y horas de mujeres. Mi padre jugaba muy bien y hablaba poco. Pero tenía tantas reglas que a veces pienso que fue una suerte que me salvara de él.

Mi padre había empezado su carrera de chapista en un taller del centro de Lanús, propiedad del señor Wolf Hörmann. El señor Wolf, un alemán reconcentrado y duro, con un castellano dudoso y un pasado más dudoso todavía, le enseñaba a regañadientes lo menos que podía pero, aun así, el talento de mi padre para el soplete lo hizo aprender su oficio bien y rápido. A sus veintiocho años se ocupaba de todos los trabajos y empezó a pensar en que debía independizarse. Pero también pensaba en que debía casarse y formar una familia; la superposición de ambos deberes lo abruma-

ba y creía que no podría completar ninguno. Estuvo tentado de olvidarlos: su vida le parecía satisfactoria e imaginó que podía mantenerla así por muchos años. Supongo que, de no haber tenido tanto sentido del deber, eso habría hecho –y yo no habría existido. Yo soy –todos somos– un defecto ajeno.

Yo, por supuesto, tampoco habría existido –las posibilidades de la inexistencia son casi infinitas– si él no se hubiera cruzado con mamá. Cruzado es, como todos, un término abusivo: en realidad mi padre vio pasar a mamá durante varios años, cada mediodía, cuando volvía del colegio secundario –donde las monjas del Perpetuo Socorro trataban de convertirla en una señorita conveniente y, con tropiezos menores, lo estaban consiguiendo. Mi padre vio –sin ninguna conciencia al principio, después con interés creciente– cómo mamá se iba convirtiendo, sin el menor aporte de las monjas, en un ser que podría ser, entre tantas otras cosas, mamá. En 1968, a sus dieciocho años, a punto de terminar el bachillerato comercial, mamá –las fotos la delatan– no era alta pero sí bien rellena o, dicho de otro modo: tenía una gran distribución de grasas corporales. En las comidas, en los jabones, en los motores, en los cuerpos, todo depende de las grasas. Las grasas son, en nuestros días, injustamente condenadas: no es el peor pero tampoco el más inocente de los errores de nuestra cultura. Me gustaría que cualquiera de los que se pasan la vida despotricando contra las grasas –doctores, dietólogas, señoras copetudas– nos explicaran cómo sería el mundo sin ellas; no podrían, por supuesto, y ése sí es uno de los peores errores de nuestra cultura: despotricar contra muchas cosas que no está dispuesta a eliminar, sin las cuales no podría subsistir.

En cualquier caso mamá, con sus grasas puntuales, era lo que en el barrio suelen llamar, con perdón, un bombón

asesino. La expresión es precisa: la idea de una comida que te mata, de tu propia gula amenazándote, del peligro que acecha en cualquier goce. Mamá tenía el pelo negro, los ojos negros grandes almendrados, una boca jugosa, y su nariz ganchuda, que podría haber arruinado el panorama, le daba —decía ella, y quizá lo creyera— un toque distintivo. En ese año de 1968, mientras la Argentina se preparaba para ocupar por fin su lugar de privilegio en el concierto mundial de las naciones, mi padre esperaba cada día los pasos de esa sombra que —entre las 12 y 20 y las 12 y 25— lo humillaba mostrándole que no sabía ni podía. No sé si habrá reflexionado sobre su incapacidad: no me lo puedo imaginar en esos trances —como, por otro lado, en casi ningún otro. En eso estaba cuando se aplastó el dedo.

En su oficio los accidentes no eran raros, pero ese golpe lo agarró pensando en otra cosa: por mirarla, por seguir con los ojos el vaivén de esas nalgas, el martillazo le cayó brutal sobre el pulgar izquierdo y soltó, pese a sus reglas, tremebunda puteada. Mamá no pudo menos que escucharla; se paró, miró —¿por primera vez, como siempre sostuvo? ¿fue realmente capaz de pasar delante del taller durante años sin reparar en la presencia de mi padre?— al proletario que se agarraba la mano herida con la otra y trataba de borrar con un gesto sus palabras que todavía flotaban en el aire. Mamá soltó una carcajada.

Después diría que sí que se sintió muy halagada: que un hombre grande se sacrificara así por ella la había transportado. La idea de sacrificio yacía, agazapada, en sus genes cristianos, en sus aprendizajes, en sus dudas. Nunca se preguntó, en cambio, qué habría sido de su vida si ese fulano no se hubiera martillado el dedo: mamá no se pregunta ese tipo de cosas —o, por lo menos, no me dice que se las pregunta— pero yo sí; el accidente, estoy convencido, es la

fuerza central que gobierna las vidas, o sea: el desgobierno más extremo. Ya verán, a medida que avance mi relato, que mi teoría se sostiene. También es probable que le gustara —¿la intrigara? ¿la incomodara?— ese tipo grandote, un poco tosco, de mameluco sucio y ojos verdes chiquitos que, hasta ese día, nunca había notado. Ese día, en cualquier caso, mamá —esa nena de colegio de monjas que convinimos, ahora, por razones perfectamente extemporáneas, en llamar mamá— se acercó, le agarró la mano tosca y engrasada, vio el reventón manando sangre oscura y, en lugar de asustarse, gritar, salir corriendo, desmayarse, sacó de su carterita su pañuelo y trató de restañar la herida. Eran tiempos en que una chica educada no salía de su casa sin su pañuelo blanco bien doblado.

—No se preocupe, señorita.

—No, si no me preocupo.

—No, ya la vi, se reía.

Mamá se ofendió ante la injusticia del comentario, recuperó su pañuelo y se fue caminando con tormenta de nalgas. En los días sucesivos, cuando se acercaba a la vereda del taller, se alisaba la camisa del uniforme y se arreglaba el pelo —pero mi padre nunca volvió a mirarla. Mamá no estaba acostumbrada a que no la miraran; pensó que ese tipo era un idiota —y acertó, supongo, pero no pudo seguir la lógica de su razonamiento y, al cabo de una semana, se paró, le habló, le dijo que se llamaba Beatriz, que él cómo se llamaba.

Ese sábado, cuando se encontraron en el baile del club Carlos Pellegrini —adonde mamá había mentido que iría con un grupo de amigas—, la sorprendió —¿la desilusionó?— verlo llegar con su saco marrón y su peinado a la gomina: si por lo menos se hubiera puesto mocasines. Mi padre parecía

antiguo, fuera de lugar y, más que nada, mersa –o, por decirlo con un anacronismo revelador de mucho, grasa. En esos días aparecían los primeros pelos largos, las primeras minifaldas, los primeros bluyines, y mi padre los condenaba por igual con su argumento decisivo: si eso estuviera bien ya lo habrían hecho nuestros padres. A veces, todavía, le envidio ese refugio: la facilidad de creer que todo lo nuevo debe ser condenado –o, por lo menos, es superfluo.

Mamá no sabía que esa tarde mi padre había pasado –antes de hora– por el salón de doña Mencha para evitar cualquier tentación, cualquier tropiezo. Estaba nervioso: en la puerta del club le dijo que él no solía salir con chicas, que si estaba ahí con ella era porque le parecía una mujer seria, y le preguntó qué opinaba de las relaciones prematrimoniales. Mamá se asustó, sopesó la posibilidad de indignarse, imaginó que si lo hacía el hombre la tomaría por una nena boba, pensó que se estaría tirando un lance y le dijo que ni sabía qué era eso –aunque lo sabía bien: una de sus compañeras acababa de ser expulsada de la escuela por un motivo misterioso que todas conocían.

–No entiendo de qué me quiere hablar.

Mamá no sabía si mantener el usted, pero mi padre no la había tuteado y ella, por supuesto, no iba a ser la primera.

–Disculpeme, señorita, no quise molestarla.

Mi padre volvió a mirarla y pensó que quizás esta chica Beatriz fuera la indicada: era su modo de no pensar en ese par de tetas. En la pista, dos docenas de jóvenes bailaban canciones del Club del Clan con movimientos ampulosos, levemente robóticos: tú tienes / una carita deliciosa / y tienes / una figura celestial. El Club del Clan, en esos días, ya era música vieja. Mi padre desdeñaba a los bailarines porque perdían el tiempo con estupideces y cuando le decían que

el baile era infalible para levantar mujeres decía que nunca le interesaría una mujer que pudiera levantarse en un baile. ¿Ni para llevártela a la cama? ¿A mi cama? ¿A la casa de mi vieja? A donde sea, al mueble. Tené cuidado con lo que estás diciendo. Lo que no le decían, porque a sus amigos no se les ocurría la pregunta, era qué quería decir con eso de perder el tiempo o, dicho de otro modo, cómo sería no perderlo. Mi padre consiguió que los ubicaran en una mesa traseira, invitó a mamá a una granadina y le dio charla. Ninguno de los dos recuerda de qué hablaron: mamá, después, solía devanarse la cabeza tratando de recuperar esos temas improbables; sólo sabe que mi padre le decía señorita y ella no sabía si decirle señor –le parecía ridículo. Mi padre, por supuesto, no trató de tocarla. Sólo cuando había pasado una hora sin que ella le pidiera que la sacara a bailar, él le dijo que, si no le molestaba, quería conocer a sus padres. Mi padre nunca supo que mamá no quería bailar porque esos gritos del Club del Clan –que, para él, eran una concesión a su juventud y a la modernidad– le parecían una auténtica mersada. Mi padre, en realidad, quizás habría empezado por no entender la palabra mersada; mamá, que la había aprendido poco antes, estaba embarcada en una campaña epistemológica y veía el mundo a través de su duda: se preguntaba, en cada caso, si a esta canción, frase, ropa, familia, fantasía se le podía o no aplicar el vocablo terrible. Pero esa noche la conducta de mi padre –que podríamos llamar seria, recta, pelotuda– la impresionó tanto que decidió olvidar que él era como un viejo mersa de otra época y empezó a pensar que su afición –la suya, la afición de mamá– a ciertas cosas como el baile, las revistas de figurines, las emociones fuertes que no había conocido, eran vicios que debía corregir. Lo cual le duró, como veremos, un tiempo limitado.